

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MATEO 17,1-9



Domingo segundo de Cuaresma

□ *Muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos* □ (Santa Teresa, Camino 30,5).

Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Jesús toma la iniciativa. Saca a sus amigos de la noche confusa, en la que tantas cosas se quedan sin entender, y los acompaña al monte, a una fiesta de luz y de alegría. Los poros, por los que se han metido los problemas cotidianos, el dolor de un mundo herido por las enemistades, el escándalo y sinsentido de la cruz, la desesperanza por el miedo al futuro, se han llenado ahora de claridades. La presencia de Jesús ha encendido una llama en la oscuridad de la casa, y los amigos, por pura gracia, son ahora testigos de la luz, de una alegría. *Tú, Jesús, me iluminas porque eres Luz, me amas porque eres Amor. Creo en tu bondad. En la confianza en tu amor está mi fuerza.*

Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Jesús no decepciona. Se revela, en medio de la conflictiva e incierta historia humana, para fortalecer la débil esperanza. Deja bien a las claras su ternura de amigo que no abandona a los suyos en la dificultad. Ahora los amigos son testigos de la intimidad de Jesús desvelada; las heridas abiertas por el anuncio que había hecho Jesús de su pasión, se curan ahora con un gozo insospechado. *La zarza ardiendo está delante de mis ojos. Me descalzo ante ti de todo*

temor. Me encanta que me ames y estés conmigo.

Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle. Habla la voz del Padre, que es la voz de un amor infinito, de una bondad, de una entrañable ternura. Pide a los discípulos que escuchen a Jesús, que le dejen entrar en el fondo de sus vidas. Pero éstos caen por tierra, incapaces todavía de ser testigos de la voz de amor comprometido del Padre, sin fuerzas para seguir con paz, audacia y confianza los pasos de Jesús, sin entender del todo ese encuentro entre la pasión y la luz que han visto en Jesús. *Abro mis oídos para escucharte, Jesús. Abre Tú mi mente, para entenderte.*

Jesús se acercó (a los discípulos) y tocándoles, les dijo: □ Levantaos, no temáis □. Jesús se acerca y toca, levanta y anima a sus amigos. Tras la fuerte experiencia de luz y voces de lo alto, hay que bajar a lo cotidiano de la vida. Otra vez están solos con Jesús, que sigue con ellos por los caminos polvorientos de la vida, preparándolos para ser testigos del amor allí donde no hay amor. Ya no es tiempo de mirar atrás. *La luz de la montaña me enseña a mirar la vida con otros ojos. Llevo dentro el recuerdo de la voz del Padre. Tú, Jesús, vienes conmigo y yo voy contigo. Vamos juntos.*

CIPE □ Marzo 2011



Cipecar

www.cipecar.org